

un protopope, dos tesoreros, cinco popes, un protodiácono, cuatro diáconos, dos lectores, dos sacristanes y treinta y tres coristas. Las iglesias parroquiales tienen dos popes, dos diáconos, dos coristas y dos sacristanes.

El juramento del clero ruso es más despótico que la fórmula inglesa: «Juro, dice, fidelidad y obediencia, como servidor y sujeto á mi natural y verdadero soberano, á los augustos sucesores que le plazca nombrar, en virtud de la autoridad suprema de que está revestido. Le reconozco por juez supremo de esta asamblea espiritual. Juro por el Dios que todo lo ve, que creo hacer este juramento en el sentido y con la fuerza que los términos manifiestan á todos los que leen ó escuchan esta fórmula.»

En suma, Pedro trastornó enteramente la civilización de la Rusia, introduciendo una enteramente material, es decir, de artes y de industria, sin comenzar por el corazón, sin dar ni idea de los derechos, deberes de la propiedad, ni de las instituciones sociales religiosas basadas en el carácter del país y en la historia. Despreciando profundamente á su nación, se propuso corregirla, no desarrollando en ella los elementos naturales é históricos, sino precisándola á modelarse con arreglo á los extranjeros, como si hubiese querido reducir las cabezas kalmucas al tipo francés. Aún no introdujo de la cultura extranjera más que las formas exteriores, y sólo en la clase elevada. Méenos refinadas las costumbres alemanas, se propagaron, por el contrario, entre el pueblo; de aquí la inmensa distancia que aún subsiste en el día entre el czar y los señores. Este movimiento no pareció, pues, al mayor número más que un ultraje á la nacionalidad. La dignidad del hombre no se manifestó en ninguna institución, y no hubo gérmenes de mejora esparcidos en las masas, que son, sin embargo, la fuerza vital de las naciones.

Embrutecida la población por una larga servidumbre, tenía necesidad de un amo para acomodarse á las grandes empresas; encontróle en Pedro; pero éste era un señor despótico enteramente, por educación, por superioridad de génio, tal vez por necesidad, y que despreciaba las preocupaciones nacionales. La orden que se dió á todos los rusos de afeitarse la barba ó de

pagar cien rublos al año, descontentó más que todo lo demás, no tanto por ser un atentado al derecho que cada uno tiene de ser dueño de su persona, sino por las ideas supersticiosas que les hacía considerar como un insulto á la criatura de Dios pretender corregirla, y desfigurar para con San Nicolás al pueblo que protegía. No se recibió ya en la corte á nadie con el traje nacional, excepto á los eclesiásticos, á los aldeanos ó cosacos, á los kalmucos ó tártaros; si alguno se presentaba con el traje talar del país, era obligado á acortarlo con arreglo á un modelo colgado de las puertas. Las mujeres, escondidas hasta entonces con tanta severidad, pudieron mezclarse á la sociedad de los hombres, y se presentaron vestidas á la europea, en las reuniones introducidas por el czar. En lugar de rollos, dispuso Pedro que se escribiese en hojas de papel como en los demás pueblos de Europa; dispensó á los obreros de tres cuartas y á los militares de comer de vigilia, intimando á los capellanes diesen el ejemplo.

Era costumbre en las bodas comunes no encender fuego, y no beber más que aguardiente é hidromiel; pero aunque conformándose rigurosamente á esta costumbre cuando su matrimonio, Pedro hizo conocer los inconvenientes, y que no se abstuviesen ya de ello en adelante. Mandó se comenzase á contar el año, no en el 10 de Setiembre, sino en el mes de Enero, lo que pareció á sus súbditos una subversión del orden de la creación, que, según ellos, se verificó en otoño; por su parte la Europa pudo hacerle un cargo por no haber adoptado la reforma gregoriana. Pedro sabía que sus súbditos odiaban á los extranjeros, á quienes consideraban impíos y ateos, y sin embargo les precisó á enviar entre ellos á sus hijos para educarse. El patriarca había prohibido el tabaco como una cosa impura, y Pedro concedió su privilegio á una compañía inglesa. Hizo ridículas parodias de los ritos del culto griego que quería abolir; mas con objeto de no parecer que se inclinaba á la Iglesia latina, celebró la fiesta del cónclave, en la que era elegido papa por cardenales ébrios un viejo charlatan, y cumplimentado por cuatro tartamudos que baluceaban su elogio.

En resumen, cuando Pedro se había propuesto una cosa que decía útil al bien general

y que tal vez la juzgaba tal, la quería á cualquier precio, no sólo sin procurar convencer, sino á pesar de aquellos en quienes iba á recaer. Hará cortar millares de cabezas, porque cree de esta manera afeitar la barba. Arrancará los hijos á sus padres para arrojarlos en la corrupción de las universidades lejanas, porque la educación extranjera le parece un bien; porque cree ventajoso fundar á Petersburgo, sacrifica más hombres, que mueren de fatiga y de enfermedad, que los que le hubiera costado una sangrienta guerra; puebla aquella ciudad y la de Taganrog, arrebatando familias enteras á sus hogares y ocupaciones para llevarlas á una distancia de cien millas á morir en trabajos obligatorios y no retribuidos. Estableció infinidad de impuestos vejatorios sobre los menores objetos de consumo; y abusando los agentes subalternos de un poder ilimitado, distraían una parte de los productos. Él mismo ejercía el monopolio del tabaco, de la corteza del roble, del alquitran; daba al dinero el valor que le agradaba; era el único vendedor de bebidas espirituosas, y el solo negociante con la China y la Siberia. Pudo improvisar su ejército con hombres á quienes pagaba un sueldo diario, y á veces no recibían nada; que pagaban las culpas de los generales, y que si faltaban los víveres, se dejaban morir de hambre. Después, cuando aquellos soldados tan dóciles tenían veintinueve años de servicio, el czar les enviaba á abrir canales.

No es de admirar que en un país en que el hombre no era otra cosa que una fuerza, que empujar ó que vencer, Pedro haya sido el único autor de su obra, sin haber sido ayudado por todos los grandes hombres de que habitualmente se encuentra rodeado un gran rey. Aquella fuerza feroz de voluntad fué, dicen, necesaria para domar la brutalidad de la nación, y se alababa de haber *vestido como hombres un rebaño de fieras*. Tememos, sin embargo, que para adular al rey, se haya calumniado á la naturaleza humana; muy desgraciada sería, si para ser conducida al bien tuviera necesidad de semejantes instrumentos.

Pedro repudió á Eudoxia, su mujer, porque era apegada á las costumbres de su país. Había tenido un hijo llamado Alejo, que después de haber estado abandonado hasta la edad de

trece años, fué confiado entonces á los cuidados de Menzikoff. Aquel director, que había conseguido el favor particular del czar por cierto mérito que poseía, quiso reprimir al czarowitch con ayuda de medios violentos, y le dejó entregarse á los estudios teológicos. Nombrado regente Alejo por su padre, aunque sólo en el nombre, cuando marchaba para hacer la guerra, le dirigió una carta en la que expresaba las quejas de los pueblos contra sus innovaciones. Descontento Pedro, le mandó casarse con una princesa extranjera, siempre con la idea de corregir los vicios nacionales con la ayuda de las virtudes exóticas; y su elección recayó en Cristina Sofía de Brunswick Luneburgo (1711). Era ésta una jóven de excelente carácter, á quien su marido trató con la dureza que acostumbraba hasta en sus amores; así es que después de haber pasado una vida de amargura, murió de pesar dejando un hijo. Irritóse entonces aún más el czar contra Alejo, irritación que sostenían el mayor número de aquellos que, ministros ciegos de sus voluntades, conocían que sus bienes y vida estaban en peligro, si el czar tenía por sucesor á un príncipe opuesto á sus ideas; era excitado aún más contra su hijo por aquella voluntad de hierro que no conocía ningún obstáculo, ya procediese de la naturaleza, ya del hombre.

Pedro, como ya hemos dicho, había conocido una huérfana llamada Catalina (1715), nacida de padres oscuros, que después de haberse casado con un dragon, fué robada por Menzikoff. Habiéndola visto el czar al lado de su favorito, se enamoró de ella y quiso poseerla. Aprendió aquella jóven la lengua del país, adoptó la religión griega, y supo con una docilidad absoluta cautivar el corazón de su amante, al paso que dedicaba todos sus cuidados á hacerse querer de aquellos que la rodeaban. Dió dos hijas al czar, que la declaró solemnemente su mujer en 1715. Cuando después tuvo de ella un hijo, se concluyó toda armonía entre Alejo y él. Quería mejorar las costumbres del czarowitch, es decir, cambiarlas, por temor de que si aquel príncipe llegaba á sucederle, no destruyese todas las innovaciones que le habían costado tantos cuidados, y no tenían más base que su despótica voluntad; procuraba, pues, inspirarle afición á un trabajo

activo, y sobre todo al de la guerra. Hubiera querido, si no le convenia ponerse en campaña, que al ménos dirigiese el armamento de las tropas: obstinándose el príncipe en no salir de su inercia, le amenazó con excluirle de su sucesion, como se liberta uno de un miembro agnagrenado.

Respondió Alejo que sintiéndose débil de espíritu y cuerpo, no se opondría en nada al cumplimiento de la amenaza de su padre. Se limitaba á recomendarle su hijo. Esta era una renuncia, pero una renuncia temporal; mas ¿quién podía saber si se les antojaria un día á los rusos proclamar á Alejo, tal vez hasta sustituirlo á su padre? Llamado, pues, Pedro al extranjero por la necesidad de nuevas guerras, mandó se le vigilase. Informado de su carácter melancólico y de sus habituales relaciones con gentes sospechosas, le intimó unirse á él, ó encerrarse en un convento. En lugar de obedecer, huyó el czarowitch á Viena, donde su cuñado, el emperador Carlos VI, le acogió y asignó por vivienda el delicioso palacio de San Telmo de Nápoles. Determinado Alejo por las instancias de su padre á volver á Rusia, se declaró incapaz de sucederle en el trono; y Pedro destinó á ocupar al hijo del czarowitch. Sin embargo, á pesar del perdón prometido, hizo buscar con severidad á las personas que habian podido aconsejar á Alejo la desobediencia á sus órdenes. Obligó, pues, poco á poco al príncipe á confesarse culpable, y á otros con él, de deseos, intenciones y quejas; y aquellos á quienes denunciaba de esta manera, fueron castigados con la muerte. El mismo czarowitch fué declarado culpable de crimen capital por ciento cuarenta y cuatro jueces. Cuando le anunciaron su sentencia, fué atacado de apoplejía; habiendo vuelto en sí, pidió ver á su padre, en cuya presencia abjuró sus errores, y espiró despues de haberle pedido perdón (1718).

Esta fué la relacion oficial; pero la voz pública acusaba á Pedro de haberle muerto por su propia mano, sin recurrir al subterfugio de aquellos inicuos procesos que deshonoran á las naciones civilizadas; las gentes sensatas creen que le hizo envenenar ó decapitar. Es lo cierto, que de cuando en cuando se sentia destrozado por los remordimientos, y exclamaba: ¡He vertido mi sangre! Para calmarlos, dió li-

bertad á cuatrocientos prisioneros, comulgó tres veces en siete dias, é imploró oraciones en las iglesias de toda creencia. No por esto cambió; pues hizo azotar á Eudoxia como cómplice de su hijo, y la encerró en un convento. Habiendo sabido que sostenia inteligencias, acudió con prontitud, y todo el que fué acusado ó sólo sospechoso, fué exterminado. Hizo decapitar á un hermano que tenia, enrostrar al arzobispo, aplicar al tormento y despues empalar á Gleboff, que decian era su amante. En el momento de espirar este último, le escupió en el rostro á Pedro, que asistia á su suplicio; y habiéndole hecho cortar el emperador la cabeza, la enseñó él mismo al pueblo, profiriendo imprecaciones contra su víctima.

«En aquel año de 1718, época de la exheredacion y muerte de su hijo mayor, fué cuando procuró más ventajas á sus súbditos, con la policia general, desconocida antes; con las manufacturas y fábricas de toda clase, que estableció ó perfeccionó, con nuevos ramos de un comercio que comenzaba á florecer, y con aquellos canales que unen los rios, los mares y los pueblos que la naturaleza ha separado... Nombró un teniente general de la policia de todo el imperio, establecido en Petersburgo, á la cabeza de un tribunal que vigilaba el sosten del orden de un extremo á otro de la Rusia. El lujo de los trajes, y los juegos de azar, más peligrosos que el lujo, fueron severamente prohibidos. Establecieron escuelas de aritmética, decretadas ya en 1716, en todas las ciudades del imperio. Las casas para los huérfanos y los expósitos, que se habian comenzado ya, se concluyeron, dotaron y llenaron. En aquel año y en los siguientes se vieron libres todas las grandes ciudades de la mendicidad... Se fijaron y uniformaron los pesos y medidas, como tambien las leyes... Los fanales, con que Luis XIV fué el primero que alumbró á París, iluminaron durante la noche la ciudad de Petersburgo... El czar estableció un tribunal de comercio, cuyos miembros eran la mitad nacionales y la mitad extranjeros, con el objeto de que el favor fuese igual para todos los fabricantes y artistas. Un francés estableció una fábrica de hermosos espejos en Petersburgo con los socorros del príncipe Menzikoff. Otro hizo trabajar en alfombras, con ar-

reglo al modelo de los Gobelinos... Un tercero hizo adelantar el arte del tirador de oro y plata... Pedro dió treinta mil rublos, con todos los materiales é instrumentos necesarios, á los que emprendiesen manufacturas de paño y otras telas de lana. Aquella útil liberalidad le puso en estado de vestir á sus tropas con paños hechos en su país: antes se sacaban estos paños de Berlin y otros países extranjeros. Fabricáronse en Moscou tan buenas telas como en Holanda; y cuando ocurrió la muerte del czar, habia ya en Moscou y en Jaroslav catorce fábricas de lino y cáñamo.

«Las minas de hierro fueron entonces explotadas mejor que nunca; descubriéronse algunas de oro y plata, y se estableció un consejo de minas para inquirir si las explotaciones producirian más que lo que costaban.

«Formó Pedro en este año (1718) el plan del canal y de las esclusas de Ladoga. Niveló él mismo el terreno; se conservan aún los instrumentos de que se sirvió para abrir la tierra y roturarla; este ejemplo fué seguido por toda su corte, y apresuró una obra que se miraba como imposible y ha sido concluida despues de su muerte. El gran canal de Cronstadt, que con facilidad se deja en seco, y en el cual se carenan y componen los barcos, fué tambien comenzado en el mismo tiempo, así como el que junta el mar Caspio al golfo de Finlandia y al Océano.

«Ocupado de estos trabajos, que se ejecutaban bajo su direccion, llevó Pedro sus cuidados hasta el Kamtschatka, á la extremidad del Oriente, é hizo construir dos fortalezas en este país, tan largo tiempo desconocido al resto del mundo. Entre tanto, ingenieros de su academia de marina, establecida en 1715, se esparcieron por todo el imperio para sacar cartas exactas, y poner al alcance de todos los hombres aquella vasta extension de comarcas que habia civilizado y enriquecido.

«El comercio exterior estaba en la mayor decadencia antes de él, y le hizo renacer. Caravanas siberianas fueron á traficar á la China, donde los rusos hicieron entonces uno muy ventajoso; traian oro, plata y pedrería. Los más gruesos rubies que se conocen en el mundo fueron traídos de la China al príncipe Gagarino, pasando despues á manos de Menzikoff, y son en el

día uno de los adornos de la corona imperial... El comercio marítimo atrajo desde entonces anualmente más de doscientos barcos á Petersburgo. Se aumentaba éste de dia en dia, disminuyendo mucho el de Arkangel, situado en un país muy lejano é impracticable. El de la Livonia permaneció siempre bajo el mismo pié. Pero en general, la Rusia traficó con éxito; mil y doscientos barcos entraban todos los años en sus puertos, y Pedro supo unir la utilidad á la gloria.

«El padre del czar habia hecho redactar un código con el título de *Oulogenia*: tambien se habia impreso, pero faltaba mucho para que llenase todas las condiciones. Pedro le desarrolló y mejoró ínterin se podia redactar un código completo de leyes. Existia un tribunal de boyardos que sentenciaba en última instancia los asuntos contenciosos: la categoría, la clase y el nacimiento daban entrada en él; era preciso que la ciencia la diese: este tribunal fué disuelto. El emperador creó un procurador general, al cual unió cuatro asesores, en cada uno de los gobiernos del imperio; se les encargó vigilasen la conducta de los jueces, cuyas sentencias pasaban al Senado que estableció: á cada uno de aquellos jueces se les dió un ejemplar del *Oulogenia*, con las adiciones y variaciones necesarias. La mayor parte de las leyes que tenia eran sacadas de la Suecia, y no tuvo dificultad en admitir en los tribunales á los prisioneros suecos instruidos en la jurisprudencia de su país, y que sabiendo la lengua del imperio, quisieron permanecer en Rusia. Concluyó en 1722 su nuevo código, y prohibió con pena de muerte á todos los jueces separarse de él.

«En la misma época trabajaba Pedro en la reforma del clero. Sustituyó al patriarcado que habia abolido un consejo de religion con el nombre de *Santísimo sínodo*, compuesto de doce miembros, entre obispos y archimandritas, elegidos por el soberano. Concedió á este tribunal el derecho de regularizar la disciplina eclesiástica, el exámen de las costumbres y la capacidad de los que eran nombrados para los obispados, el juicio definitivo de las causas religiosas en las cuales se apelaba en otro tiempo al patriarca; el conocimiento de las rentas de los monasterios y las distribuciones de limosnas.

Dejó también útiles reglamentos sobre el sacerdocio y el estado monástico.»

No veía la Puerta sin inquietud engrandecerse semejante vecino; pero deseoso Pedro de no ser inquietado por aquella parte para poder asegurarse en el Báltico (1723), se reconcilió con el diván por la paz de Constantinopla, mediante la cesión de Azov y la distribución de Taganrog, quedando libre del tributo que los czares pagaban al khan de los tártaros. Cuando después adquirió la Persia Derbent, y de esta manera se encontró confinando con los turcos (1723), temió esta potencia que una vez dueño del Cáucaso no lo fuese también del mar Caspio y del Euxino. No se evitó, pues, la guerra sino con una división de las conquistas. En su consecuencia la Puerta adquirió á Tauris, Erivan y otras plazas, al paso que la Rusia aseguraba la posesión de las ciudades de Bakou y Derbent, de las provincias de Ghilan, Mazanderan y Asterabad.

Hizo Pedro un segundo viaje á Europa con Catalina, con objeto de instruirse y con el de la política. Estuvo en Copenhague, Lubeck, Schwerin, la Holanda, París, visitando á los reyes en sus cortes, excitando la risa y la admiración á la vez, con sus extravagancias y grandeza. Siempre ébrio, bárbaro como todo lo que le rodeaba, convertía á su capellan en bufon, después de haberle besado las manos al salir de misa; del mismo modo obraba con la princesa Galitzin, á la que trataba peor que á un perro. Había colocado al lado de la zarina á damas ridículas, verdaderas mujeres de bárbaros, para mortificar á las que tenían derecho á ocupar aquellos puestos. Mal vestida, sin elegancia ni modales, era la burla de la alta sociedad. Con respecto á Pedro, deseoso de ver todo lo que podía sugerirle alguna mejora, prestaba interés á los menores detalles. No hubo honores y obsequios de que no fuese objeto en París. Como se negó á admitir el alojamiento real que se le ofreció en el Louvre, y al cual prefirió una vivienda particular, fué tratado en él como en la corte.

Un día que comía en casa del duque de Antin, en el palacio de Petit-Bourg, vió aparecer en los postres su propio retrato que acababan de pintar. En su visita á la casa de la moneda, recogió una que había caído á sus piés, y vió

en ella su efigie con la leyenda *Vires acquirit eundo*. Ofrecieronle obras maestras en los talleres de los artistas. En la fábrica de los Gobelinos, en las tiendas de los plateros, en los almacenes, todo lo que parecía ser de su gusto se le regalaba de parte del rey. La Academia de ciencias le nombró uno de sus miembros. Cuando vió el sepulcro de Richelieu: *Grande hombre*, exclamó, *te hubiera dado la mitad de mis estados por aprender de tí á gobernar la otra*. Quiso también conocer á una mujer que, como Catalina, había reinado sobre su dueño, y permaneció algunos instantes sumergido en sus reflexiones cerca del lecho de Mad. Maintenon, entonces enferma. Abandonó después á París, que quedó «maravillado de la singularidad y gran variedad de su talento, que harán siempre de Pedro un monarca digno de admiración hasta la más remota posteridad, á pesar de los grandes defectos de su origen bárbaro, de su país y de su educación.

Habiendo muerto su último hijo varón, y quedando solamente el hijo de Alejo, Pedro hubiera querido transmitir la corona á una de las hijas que había tenido de Catalina antes de haberse hecho público su matrimonio. Promulgó al efecto la primera ley fundamental del imperio ruso, que da al soberano el derecho de elegir su sucesor, é hizo prestar juramento al heredero que designase. Pero murió antes de haber tomado una resolución con respecto á esto.

Sus últimos años fueron llenos de amargura por las infidelidades de Catalina, que, no teniendo ya nada que esperar después de haber sido condenada solemnemente, cesó de prodigar á su esposo aquella tierna asistencia de que tenía necesidad. Habiéndola sorprendido el czar con un tal Moëns, dió muerte al amante; pero no se atrevió á añadir el asesinato de la emperatriz al de tantos millares de hombres, al de su hijo, á sus persecuciones contra su hermana y contra su primera mujer.

¿Abrevió Catalina sus días, detuvo, para reinar sola, la mano que iba á dar, por un acto de suprema voluntad, el imperio al hijo de Alejo? El mundo lo creyó. Pedro espiró en el vigésimo tercer año de su reinado, y el cincuenta y dos de su edad, con atroces dolores en la vejiga. El título de extraordinario le conviene mejor que el de grande. Tenía ya cin-

cuenta años cuando se presentó en traje de bailarero, bailando con su mujer en un baile tártaro; y se le veía, seguido de doscientos músicos y gentes ébrias, recorrer las calles de San Petersburgo introduciendo la orgía en las casas que visitaba. Cuando dormía, un oficial le servía de almohada. Perteneciéndole todo lo que el pueblo poseía, pudo decir, después de la paz de Nydstadt: *Hubiera podido continuar la guerra veintiun años más sin contraer deudas*. Hasta su familiaridad tenía algo de despota y bárbaro, como la de un hombre que nunca se le ha contradicho. En su cólera maltrataba, no sólo á sus soldados, sus y sino íntimos consejeros, y no apreciaba otro mérito que la ciega obediencia. El que sabía conseguir su favor por este medio podía ejercer sobre los demás un absolutismo semejante: convicto Menzikoff varias veces de robo y concusión, fué siempre absuelto.

Habiéndose suscitado una cuestión en el Senado entre este favorito y Chafiroff, uno á otro se acusaron de los mayores desafueros, y Pedro les impuso á cada uno una multa de 10.000 rublos por haberle faltado al respeto; mandó después se hiciese una indagatoria sobre sus recíprocas inculpaciones; pero antes de que se concluyese despojó á Menzikoff de sus bienes y le impuso un castigo corporal. Condenó á Chafiroff á muerte; pero cuando su cabeza se hallaba ya colocada bajo la cuchilla, le perdonó en consideración á sus servicios y le envió á Siberia.

La obra de Pedro está á la vista de todo el mundo: es ese imperio ruso que se extiende amenazador sobre la Europa. Con objeto de que no pereciese con él, marcó para sus sucesores la línea de conducta que había observado y que debían seguir. Véanse sus prescripciones: «Hacer todo lo posible para dar á los rusos las formas y costumbres europeas; sostenerse constantemente en pié de guerra; extenderse por todos los medios posibles hácia el mar Negro y el Báltico; comprometer á la casa de Austria á arrojar á los turcos de Europa, y con pretexto de sostener un ejército permanente, establecer almacenes y astilleros en el mar Negro, y adelantarse hasta Constantinopla; estar muy unido á la Inglaterra, que favorecerá los adelantos de la marina rusa y le ayudará á dominar en el Báltico y en el Euxino; persuadirse que el co-

mercio de la India es el del mundo, y que el que le tiene en su mano es dueño de la Europa; mezclarse en las cuestiones de la Europa, y sobre todo en las de Alemania; fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brandeburgo contra la Suecia, y la anarquía en Polonia, hasta que una ú otra se vean subyugadas; sacar partido del sentimiento religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungría, la Turquía y la Polonia Meridional; irritar entre sí las cortes de Francia y Viena, y aprovecharse de su mútua debilidad para ganarlo todo.

CAPITULO XV.

Influencia de Luis XIV. — Mesina. — Génova. — Los barbets. — Sucesión española

Los males que Nápoles tenía que sufrir eran comunes á la Sicilia: podían considerarse como dos cadáveres atados á un mismo cadalso. Poco antes de la insurrección de Masaniello, estalló una en Mesina (1646), y otra en Palermo por las gabelas, que se apaciguaron primero con la seducción y después con el terror. Poco tiempo había pasado cuando el hambre impulsaba de nuevo á la rebelión á aquel país, en otro tiempo granero de la Italia, y el pueblo de Palermo pedía á gritos la abolición de los derechos sobre los comestibles. Concedióles el virey Velez lo que pedían; pero sabiendo la muchedumbre lo que valían semejantes promesas, viéndose además sostenida por el clero y por los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro, llamado José Alessi, que reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones con el designio de reformarlas en sentido republicano y arrojar á los españoles. Pero habiendo impedido Alessi que el palacio del virey, que se había fugado, fuese entregado al saqueo, perdió la confianza popular, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle en unión de otros jefes. El virey, á quien el rey católico dirigió el cargo de cobardía, murió de pesar; y el cardenal Teodoro Trivulzio, que no tenía menos valor que prudencia, apaciguó aquellas turbulencias prometiendo «la paz y un nuevo libro;» pero como de costumbre, la paz se convirtió en una sanguinaria persecución, y el libro se quedó en lo que era.

Como las causas permanecían las mismas, las rebeliones renacían sin cesar, y la corte no